

LA VERDAD

DIARIO CATOLICO.

AÑO IV.

PRECIOS DE SUSCRICION.—Santander: un mes, 1 peseta 75 céntimos; tres meses, 4'50.—En el resto de España: tres meses, 5 pesetas.—Extranjero: seis meses, 20 idem.—Antillas Españolas: seis idem. 25 idem.—Repúblicas hispano-americanas: un año, 50 idem.—PAO ADELANTADO.

SANTANDER

Juéves 4 de Marzo de 1886.

PRECIOS DE ANUNCIOS.—Primera plana y gaceti-lla, 0'25 céntimos de peseta línea.—Tercera plana, 12 idem de idem.—Cuarta plana, 6 idem de idem.—Comunicados, 0'25 idem de idem línea.—Papeletas de defun-cion, 5 pesetas.—Rebaja proporcionada al número de inserciones.

NÚM. 932.

Se suscribe en la Administracion, [Santander,] calle del Puente, número 16, y en las principales librerías del reino.

El pago de las suscripciones será adelantado, remitiendo su importe en libranzas del Giro mú-tuo ó en sellos de comunicaciones por carta certificada dirigida al Administrador del periódico D. J. Antonio Perez, calle del Puente, número 16.

Boletín Religioso

Santo de hoy.—San Casimiro, rey, patron de los sastres, santos Lúcio I, Pio y Cayo

UN VIAJE A CHINA.

(CONTINUACION.)

Después de medio año de permanencia en esta opulosa ciudad, hice mi segundo viaje para las montañas de una provincia que llaman Hunan, donde teníamos como unos 40 cristianos próximamente. El día 6 de Agosto á las 7 de la noche, me embarqué en compañía de un auxiliar de ca-ristiano chino. El vapor era hermoso y bien servido por cierto. A los cuatro días de mi salida, llegué á una ciudad que llaman Sase, donde embarcaron conmigo dos misioneros (religiosos franciscanos) el uno belga y el otro italiano, quienes me dijeron iban para otra ciudad llamada Ichan, donde tenían su residencia (casa procuracion).

Gratisima fué para mí tan inesperada compañía, porque á decir verdad, me hallaba algun tanto desconsolado, ignorando por una parte la lengua, como nuevo en China, y por otra pensando en el rumbo que habíamos de tomar una vez separados de ellos. En las diez ó doce horas que disfruté de tan amable compañía, conversamos largos ratos en latin; preguntándome aquellos religiosos entre otras muchas cosas, cuál era el objeto que me movía á emprender tal viaje, yo les contesté que iba para la mision en busca del Pro-Vicario, de lo que se alegraron mucho. Pronto se acabó para mí tan grata conversacion, porque al llegar á una poblacion denominada Yanchi, tenia que bajar del vapor para dirigirme por tierra á nuestra mision. Paró el vapor; avironse barcas para conducir las cargas; y desenes de mil voces, gritos y más gritos, resulta que en pequeñas.

Viendo los dos padres misioneros el aparato que se me preparaba, avisaron al capitán de á bordo diciéndole que temían fuese á fondo por la mala disposicion de las bancas, más aun en medio un rio tan caudaloso, en una noche oscura y deado de piratas, y lo peor de todo, sin saber punto á dónde habia de dirigirme. En tales apuros bajaron presurosos del vapor los dos buenos misioneros, y me dijeron que de ninguna manera rase allí y si les acompañase hasta Ichan, á donde ellos se dirigían. Alentóse algun tanto mi es-

píritu, pues yo, á decir verdad, preveía algun incidente grave. Les acompañé por fin, y después de doce horas de vapor llegamos á dicha ciudad. Dos horas próximamente paramos allí, y después de ajustar una pequeña banca y despedirme de aquellos buenos padres misioneros, me dirigí á otro punto que llaman Yanchi, al cual llegamos á la caída de la tarde, donde atracada nuestra navecilla pasamos la noche en vela por temor no me jugasen alguna mala partida. Amaneció el siguiente día, gracias á Dios, y después de avisar al dueño de la casa (llamado Uantienchan) nos acompañó con nuestras cargas hasta llegar á ella.

Allí estuve cinco días esperando ocasion oportuna para proseguir mi camino hasta la Residencia. No sé por qué casualidad se apercibieron estos paganos que llevaba medicina, que ya no me dejaron en paz. Allí se me presentaban hombres, mujeres y niños para que les curase ó diese medicinas. Al día siguiente me pasaron aviso para que fuese á curar á un anciano de 60 años, persona muy acomodada y por añadidura médico.

Mirando á lo delicado que son los chinos á cualquier invitacion que hacen, pasé gustoso á su casa, no tanto porque se ofendiera cuanto por ejercer la caridad cristiana, espejo de todos, particularmente del religioso. Dile algunas fricciones en un brazo, porque segun su explicacion padecia reuma, con los medicamentos que creí más necesarios para su dolencia. Agradecido el buen viejo y todos los de su casa, querian recompensar mi trabajo, pero yo me negué á ello. Viendo que rehusaba recibir recompensa alguna me invitó á comer en su compañía, á lo que accedí gustoso, aunque con cierto resentimiento, no porque tuviese exculpulo de comer en union de ellos, sino porque, como tenia que hacerlo con palillos y nunca habia usado tales instrumentos, temia ser conocido por europeo ó faltar á sus ceremonias.

Pasados cinco días salí de esta poblacion con direccion á Se-Suey-Tien, nuestra primera cristiandad. ¡Dios mio qué caminos, qué montañas, qué precipicios! Esto parece verdaderamente que está llamado por la naturaleza á ser intransitable, y sin embargo, estos paganos lo labran y cultivan en parte. Solo los tigres, jabalíes y otros muchos animales que pueblan estas escarpadas montañas pueden correrlas y recorrerlas á sus anchas.

Al llegar á un Kaijan (plaza de mercado), atraida por la curiosidad de ver al europeo, (1)

(1) Es tal el odio que nos tienen estos chinos que apesar de vestir su mismo traje, llevar la

toda la gente sale en masa; de suerte que no me dejaban andar.

Por fin, después de muchos trabajos, llegué á nuestra deseada residencia donde me encontré con otro hermano misionero muy alegre y contento por mi llegada, pero muy débil, efecto de las muchas molestias que le habian causado estos infieles. Como cosa de 15 días pasé muy tranquilo en su compañía, pero terminados estos, empezaron los paganos á molestarnos diciéndonos que si no les comprábamos sus terrenos nos cortaban la cabeza. Paciencia verdaderamente se necesita para tolerar á estas gentes; pero el Señor que cuida hasta de las avecillas del campo, no nos abandonará en estos y en otros mayores peligros. Nuestra confianza en Dios y en su Santísima Madre nos salvará. *No coronavitur, nisi qui legitime certaverit.* No será coronado sino aquel que pelear con valor. Este nos dice N. S. Jesucristo.

Estaba yo curando en un pueblo (distante de la residencia (1) una legua) á un enfermo, cuando se presentó mi compañero el P. Pro-Vicario quien me relató los muchos atropellos que habian cometido los paganos; comimos juntos, é inmediatamente me volví para la cristiandad hallándola toda ocupada por esta canalla que hasta repugnancia me daba mirarla á la cara por su aspecto demacrado; tendidos unos en el suelo con unas pipas de metro y medio de largas, arrimados otros á las paredes, pues apenas podian sostenerse efecto de su avanzada edad, arrebátándonos todas nuestras cosas y maltratando á un pobre cristiano que estaba en nuestra compañía.

Para vengarse de nosotros habian obligado á un viejo de 70 años con promesa de un buen ataúd y un pomposo entierro, el que se ahorcase (2) en nuestra residencia (cosa que hacen como beberse un vaso de agua con tal que se les prometa lo dicho arriba) con el fin de dar parte al mandarín (3) y hacernos culpables á nosotros; cabeza afeitada y gastar coleta como ellos, sin embargo al momento nos conocen, y ólian á toda persona extranjera.

(1) Residencia se llama la casita y pequeña capilla que habitamos y donde vienen los cristianos á oír el Santo sacrificio de la misa los días de obligacion.

(2) Esto de ahorcarse es muy comun en China particularmente cuando quieren vengarse de alguno.

(3) Mandarin, es como un gobernador de provincia en España.

pero sea por la mucha vigilancia de cuatro cristianos que estaban en mi compañía, ó mejor dicho, porque el Señor no lo permitió, no se realizó su depravado intento. Aciaga fué para mí aquella noche; porque privado en primer lugar de la presencia de mi compañero y hermano, único consuelo después de Dios, rodeado de paganos malhechores de profesion y hasta de asesinos, á nadie tenia á quien volver los ojos.

No bien amaneció, me dirigí á los montes en busca de una familia cristiana. Nada pude descansar: porque como las casas son en todo miserables y están llenas de agujeros, por todas partes entran y salen manadas de ratones y otras sa-bandijas que molestan no poco. Como por estas montañas hay tantos tigres, jabalíes y otros animales, no bien anochece, por todas partes se ven hogueras, se oyen tocar cuernos y nos aturden los disparos; en una palabra esto más bien parece un campo de batalla que otra cosa. ¿Y para qué tanto aparato? Para ahuyentar á dichos animales que se acercan hasta las mismas puertas de las casas en busca de la presa. ¡Pobres gentes, con cuántos sudores y desvelos conservan su pobreza. Aquí por estas montañas lo que más se da es el maíz. También hay arroz, patatas, guisantes, trigo, cebada y otras muchas cosas, como en Europa.

Las mujeres trabajan mucho en el campo apesar de tener los piés tan pequeños que apenas pueden andar. Esto de tenerlos así no es de naturaleza, sino que de niñas se los atan fuertemente, de suerte que sus piés son como los de un niño que acaba de nacer. Esta repugnante costumbre de atarse los piés está generalizada en China, y por tanto más hermosa se tiene la mujer, cuanto más pequeños sean sus piés. Tienen también otra costumbre no menos repugnante (esto es general entre los paganos) y es que cada cual puede vender á sus mujeres, máxime si son esteriles; muchos paganos sobre todos si son ricos, tienen hasta cinco, seis, y aun ocho mujeres. Los hijos que prometen para casarse, lo hacen tan pronto como nacen. Cuanto á las hembras, es tal el desprecio que se las tiene que un matrimonio, por ejemplo, que tiene dos hijas, las cria, pero si pasan de dos, las matan, ó tiran á un rio, ó las abandonan. A los varones les estiman mucho, y aun cuando tengan ocho á todos les crían.

(Se concluirá.)

-95-

discrecion ni nobleza de miras, achican la religion y la hacen despreciable. Yo no soy devota, ni ningun inconveniente tendria en llegar á lo. El mal no tiene para mí el misterioso atractivo de lo desconocido. Yo no considero el matrimonio como una emancipacion sino como el camino de libertad. Conozco bien los deberes voy á contraer al pié de los altares: si llegara á quebrantarlos, seguramente no lo haré estimada por tentaciones comprimidas durante largo tiempo por la esclavitud, ni por el gusto produce el romper bruscamente nervios maltratados durante una opresion prolongada.

En verdad, señorita, que lejos de lamentar educacion que os han dado, me felicito cada más por ello. Si no fuera por esa libertad, ¿dria yo el gusto de conversar con vos en este momento? no era mi ánimo obligaros á hacer vuestra apologia: si me he burlado de vuestro proyectado casamiento, no es que yo os crea capaz de faltar á los deberes que impone ese estado, que no creo que vayais á abrazarlo como

-94-

de vuestro entendimiento, creo que os hallais completamente equivocado acerca de mi carácter. Os dije ya que no he sido educada como educan á las jóvenes en Francia. En lugar de tenerme encerrada en una pension ó sujeta á andadores, siempre me dejaron vagar corriendo, jugando y bailando con los muchachos, ya en el jardin de mi padre si venian ellos á casa, ya en las de ellos cuando allá me llevaban mis padres. También asistia á una sala de gimnasia en compañía de un colegio entero de jóvenes muchachos con los cuales entraba en línea y solia dejarlos atrás en intrepidez y ligereza. Más adelante continué mezclándome con los jóvenes en el picadero y en los salones; y nunca creí del caso ni bajar los ojos con afectacion ni cubrirme con el velo, sin perjuicio de indemnizarme por medio de ojeadas disimuladas.

—Pero, señorita...

—Cuando fui mayor, no me obligaron á leer esos libros insulsos, llamados buenos libros por ciertas gentes; y que son á mi juicio profundamente inmorales por la razon de que sus autores,

-91-

charse, cuando oyó en la escalera la voz de Juliana que bajaba tarareando una copla de Vau-deville.

—Oh, M. Heury! cuanto siento!... pero ya tendreis la bondad de dispensar... Hoy se ha convertido esta casa en club, y ya hace más de una hora que los diputados están perorando sin cesar. Ni mi madre ni yo hemos podido avisaros á tiempo...

—¿Asiste también á la sesion de madama Barrié?

—Asiste y la preside nada ménos. ¿Lo sentís?

—Lo siento y me desespero. En este momento me parece la política la cosa más ridícula imaginable. Mejor estaria esa señora en sus habitaciones recibiendo á sus amigos, y así no me privaria de la dicha de hallarme á vuestro lado, la única dicha para mí en el mundo.

Mientras hablaba Narciso, abrió Juliana la puerta y por ella se entró sin invitar al estudiante á seguirla, pero también sin prohibírselo ni de

LOS AMIGOS DEL PUEBLO.—T. II. 16

LA VERDAD

Santander 4 de Marzo de 1886.

LA CRUZ DE LA VICTORIA.

Con este espresivo título ha empezado á publicarse en Oviedo un periódico *político tradicionalista*.

El prospecto, que hemos recibido, está gallardamente escrito, y á fin de que no desmerezca su elocuencia como sucedería si solamente trascribiésemos algunos de sus párrafos, le publicamos íntegro, para que nuestros lectores le aprecien en todo su valer:

«Al tomar parte en el combate que libran con tanta gloria en España los periódicos de nuestra comunión, no desconocemos por modo alguno lo azaroso de la empresa, ni lo menguado de nuestro valer. Las circunstancias son difíciles, porque á las fuerzas del enemigo se agregan prevenciones inverosímiles de quien menos podían esperarse, y con frecuencia el escritor tradicionalista tiene que renunciar á defenderse por respetos que otros menos desdenados no guardan.

La cuestion, sin embargo, se vá planteando cada dia en términos más precisos; con lo cual, si la gravedad del peligro aumenta, la actitud de los combatientes se despeja y se desembaraza la nuestra. Despiértase el instinto de la vida en los momentos supremos, y se aclara también la inteligencia con los grandes dolores.

A doquiera volvamos nuestros ojos, todo es oscuridad, duda y angustia. Si por ventura algun rayo de luz en dias comparativamente serenos alumbraba estas tinieblas, no es para infundir esperanzas, sino para mayor desconsuelo, bien como el fugaz relámpago en noche tempestuosa descubriendo al sobrecogido navegante la inminencia del riesgo, llena su corazón de espanto con los horrores del naufragio antes que la catástrofe se consuma.

Y ciertamente, si contemplamos con serenidad de ánimo los fenómenos que ofrece la sociedad actual ¿á quién se ocultan lo encontrado de los intereses, las antipatías de clase, los odios que las desigualdades de fortuna engendran, la violencia de pasiones mal reprimidas, la soberbia de los unos, el egoísmo de los otros y las concupiscencias de todos? Se agitan tan contradictorios elementos como la hirviente lava en el fondo de los volcanes, y vá tomando aquella agitación tales proporciones, que ya se nota el ruido sordo precursor de los sacudimientos, si acaso no se perciben distintamente, el humo y las llamaradas. Estos piden pan, los otros trabajo, los poderosos gritan ¡orden!

Pero el orden es la justicia y la justicia comienza por la ley, cuyos preceptos deberían ser leales, derechos y cumplidos, se-

gun Dios y según justicia, y el hacedor de las leyes debería amar á Dios y tenerle ante sus ojos cuando las hiciera, para que fuesen derechas y cumplidas. Cuando la ley es justa, satisface todas las exigencias legítimas porque las necesidades del pobre tienen su amparo en el deber moral del rico, y los derechos de ricos y de pobres, son limitados por los de Dios, á cuyos planes sapientísimos obedecen las diferencias de clase y de fortuna. Cuando las legislaciones y los gobiernos son informados por el espíritu cristiano, todo en la sociedad es orden y armonía. Junto á la choza del pobre se levanta el palacio del magnate, al lado de la fábrica el monasterio y el hospicio. A la benéfica sombra de la Iglesia se forman ricos sin avaricia y pobres sobrados de riquezas, propietarios padres de los coloucs, y colonos que parecen propietarios. Si las públicas calamidades visitan á los pueblos, ni el menesteroso se subleva, ni se recela el rico. Nadie pide con altanería pan y trabajo no hay gritos ni conmociones: se habla únicamente de caridad. La pide el pobre sin humillarse y hácela el rico sin enorgullecerse. Escusado será, pues, añadir cuán dignas reputamos de nuestro estudio las instituciones económicas del antiguo régimen cristiano, para aplicarlas en cuanto sea posible al problema social del dia.

Pero si las sociedades, creyéndolo un progreso, huyen de Dios para volver al paganismo, la ley espresa únicamente la voluntad del partido vencedor en esas luchas periódicas más ó menos tranquilas ó tumultuosas, pero irracionales siempre por el principio á que obedecen, indignas por la forma que revisten y no menos funestas que las guerras civiles. Guerra, pues, á la guerra civil que nada hoy justifica, y guerra también á las luchas electorales, que informa *el liberalismo* tan ageno de las antiguas córtes como el despotismo fué ageno de la monarquía católica, que hizo de nuestra España el pueblo más feliz y poderoso del mundo. Aquellas córtes y esta monarquía acomodadas á los tiempos presentes, son la síntesis de nuestra política y la esperanza que nos anima.

Pero como los partidos turnan en el poder pacífica ó no pacíficamente, todos gozan á su vez los fueros de vencedores y sufren la ley del vencido, y cuanto más se repite el turno, con más vehemencia se reproducen las pasiones del combate, cuyo fin último y lógico consiste en asegurar el triunfo inutilizando al enemigo.

Por donde se vé cómo en estas interminables contiendas luchan instintos contra instintos, porque á todos falta derecho, no queriendo recibirle de Dios, fuente y origen de la justicia.

Y como Dios es autor de la vida y el que huye de la vida muere, pensar en resucitarle sería locura insigne ó estupidez supina, con exposicion gravísima al contagio

de que á todo trance queremos vernos libres.

¿Qué nos proponemos, pues, dirán algunos, al ver este diagnóstico? ¿queréis únicamente complaceros en amargar nuestra existencia con el cuadro de irremediables desventuras? No tanto, ni con mucho es nuestro objeto. Pero hijos de la verdad, nuestro primer deber es anunciarla con franca sencillez. Esto se vá, esto se deshace, esto se muere: no porque lo echen, no porque lo deshagan, no porque lo maten; sino porque apartándose de Dios, como hemos dicho, vive agonizando lenta, pero dolorosamente, como el enfermo crónico que, cuando parece mejorar, espira.

Si para entonces la comunión tradicionalista conserva sus creencias y á ellas acomoda sus obras, permaneciendo sin confundirse, ni marcharse con transacciones indignas, ni alianzas bochornosas, esa comunión odiada hoy dia de cuantos Dios, para perderles, priva del juicio, será esperanza de cuantos todavía conserven algun átomo de sentido comun para salvarse.

Hé aquí el programa de nuestra publicación. Nada nos prometemos hoy: todolo esperamos para un mañana más ó menos remoto. Nuestra actitud es aguardar el dia señalado en los divinos planes. Cuando llegue ese dia, aquí estaremos como estamos ahora al servicio de Dios y de su Iglesia. Mientras tanto, cobijados por la bandera que mantiene enhiesta el Augusto proscripción de Venecia, consagraremos nuestros esfuerzos á la union de los buenos, con absoluto apartamiento de los malos, defendiendo la verdad íntegra en el terreno político contra *el liberalismo* de todas las especies; y en consecuencia de nuestro absoluto *anti-liberalismo*, sostendremos la política religiosa que en las cuestiones internacionales, especialmente en las de Italia, sostuvieron don Fernando el Católico y nuestros reyes de la casa de Austria.

Las circunstancias nos imponen cierta medida que nos trae á la imaginacion antecedentes de la historia patria. Los godos refugiados en Asturias, cuando la invasion agarena, antes de enarbolar *La Cruz de la Victoria*, en Covadonga, ocultaron en las escabrosidades del Monte Sacro los libros bíblicos y las reliquias santas. Pero además de este ejemplo aun hay otro, é imitándole, si en nuestra senda política se nos atraviesa algun *mestizo*, le trataremos con piedad igual á la de D. Pelayo con D. Opas.

Basta ya de programa: sea nuestra empresa para gloria de Dios, y Él nos ayude.

LA REDACCION.»

Felicitemos de todas veras al nuevo campeón de la prensa tradicionalista, y bien venido sea á compartir con todos sus compañeros las amarguras de la lucha, hoy más tristes que nunca por virtud de incomprendibles prevenciones que, si son buenas para respetadas, no lo son tanto para sentidas.

Bien venido sea el gallardo nacido en el heroico suelo que fué la Reconquista española, y tenga por bien nuestro deseo de verle disfrutarnos dias de próspera y beneficiosa.

Desde hoy establecemos el cambio de *Cruzada de la Victoria*.

De nuestro queridísimo compañero *Grit de la Patria* tomamos lo siguiente:

«D RAMON NOCEDAL.

En el domingo pasado, unos cuantos aficionados del señor director de *El Siglo*, en su mayoría defensores armados de los en la última guerra, y dispuestos á defenderle en igual forma, se acercaron á este valeroso hombre público y espléndida comida en el magnífico saloon *restaurant Gran Continental*. No faltó, en la ocasión, entusiasmo, champagne ni brío, pero de no ser más que una fiesta de familia, un grupo de hermanos de armas y de paz, se congregaban para unir más y más íntimamente los lazos que mantienen íntimamente ligados á todos los buenos tradicionalistas.

En la tarde del mismo dia, D. Ramon Nocedal fué á visitar los salones del *Fomento*, en donde fué saludado cordialmente con entusiasmo por la numerosa concurrencia reunida.

Aclamaciones frenéticas saludaron al defensor del credo carlista, cuando dio la labra á los allí reunidos.

Y se explica.

D. Ramon Nocedal domina la palabra, de el don de la elocuencia como pocos. Su entusiasmo y enardeció á los más fervorosos católicos de veras, y por lo tanto, miradores de los que, como D. Ramon Nocedal, con tanta fé, constancia y valor defienden la doctrina de Jesucristo?

El Sr. Nocedal á su facilísima palacundidad de ideas reúne sobre sus ideas una ventaja inmensa, que es la de haber guaje de la verdad. Oradores elocuentes, revolucion, no hay que dudarlo; pero cursos, como son hechos para propagar más ó menos opuestos á la doctrina de Jesucristo, están llenos de inexactitudes, sofismas.

Una concurrencia también brillante y rosísima aplaudió el lunes al Sr. Nocedal en magníficos salones de la *Juventud Católica*, donde fué obsequiado con una velada musical. En una palabra, el Sr. Nocedal arrancó continuados aplausos de los que chaban, no sólo por la forma elocuente se expresó, sino también por las magníficas y lógica contundente á la parte más temerosa de hoy que son los católicos.

Noticias

Pocos dias hace, un cabo de carabineros Requejada, halló en una carretera, una cantidad de dinero, y nos consta que investigó hasta encontrar al dueño, á quien entregó lo que le pertenecía.

Nos complacemos en consignar esta honradez.

—92—

palabra ni por gestos; así es que también él se introdujo tras ella.

Juliana atravesó el comedor lleno de lacayos y fuése á tomar asiento en una pieza vecina; tomó de sobre el velador una revista inglesa y se puso como á ojearla. Narciso permaneció de pié al otro lado de la chimenea.

—No permitais, señorita, que esa enfermedad se haga hereditaria. Así dijo Narciso como continuando la frase interrumpida en la escalera.

La jóven, por medio de una maniobra que hizo reír al estudiante, alzó los ojos, se hizo la sorprendida y parecía decir con las miradas: ¡cómo! ¿estais vos aquí?

—Sí, continuó el estudiante; es una manía deplorabile: desde que también yo la padezco, me avergüenzo de mí mismo. ¿No sois de la misma opinion?

—Yo, caballero, ni debo ni quiero juzgaros.

Y dijo esto con tal sequedad y fria altanería que, á pesar de su aplomo, sintióse Narciso desconcertado y casi pesaroso de haber avanzado tanto en su discurso.

—93—

—¿Vais á prohibirme el que me eche en cara á mí mismo vicios... que vos no teneis y que, al fin y al cabo, no son necesarios para ser perfecto?

—Luego, ¿creéis que hay vicios necesarios para la perfeccion?

—Sin duda alguna. No hay hombre perfecto ni puede serlo sin que tenga á lo menos dos ó tres de esos defectos.

—Y las mujeres?

—En cuanto á las mujeres, no se trata de dos ó tres solos; nunca los tendrán en bastantes número. Como que no son amadas en virtud de sus cualidades sino de sus defectos, os aconsejo no os descuidéis en proveeros del mayor número posible de ellos y ponerlos por adorno de vuestro espíritu.

—Hé ahí un consejo que sin duda os agradecerá mi marido.

—Así lo espero y cuento con ese título para obtener su amistad, como cuento también con vuestro buen sentido para conservármela.

—Yo no sé, caballero, que clase de chanza es la que ocultais bajo esas palabras. Pero á pesar

—96—

—Con que no creéis que me casó con ella templando con una lijera sonrisa la impresion del rostro.

—Ni poco ni mucho. Una persona de prendas y nacimiento no ha sido hecha para ser esposa de un soldado.

—Sois verdaderamente raro y duro. Si tuviérais hecho juramento de mortificaros de especies de amor propio, hablarais más á propósito.

—Pues qué queréis, continuó Narciso, para do asiento, siempre os tuve por muy altanero para hacer un casamiento inconveniente. Pero en glo en que todas las ideas se inclinan á la parte de cuando se forman proyectos para suprimir los ejércitos, la hija de un diputado no puede se hasta dar su mano á un coronel.

—No teneis presente que en la escuela de los dos militares, el de coronel está muy adelantado al de general?

—Es ya setenton vuestro futuro.

—En todos tiempos ha habido oficiales

